

EL GRAN POETA DEL SIGLO DE ORO DE ESPAÑA, FRAY LUIS DE LEON

(Traducido por el doctor Francisco M. Renjifo)

(Conclusión)

Por último, hacia el año de 1576, a solicitud de la madre Ana de Jesús, la grande amiga de Santa Teresa y heredera suya en el gobierno del Carmelo reformado, había comenzado la traducción y el comentario del libro de Job, que acabó en 1591, año de su muerte. Por confesión de todos los que lo han leído, el comentario de ese libro sublime, en que el problema del sufrimiento y del mal se plantea de una manera tan trágica, es la historia, velada apenas, de las pruebas, turbaciones, angustias y consuelos por que atravesó el alma inquieta y agitada del grande agustino. De ahí, el doble interés que tiene para nosotros. Además, al decir de un crítico español cuyos conceptos compartimos, «es la obra maestra y principal de Fray Luis: mejor que ninguna otra, da testimonio de la elocuencia y el saber castellano de su autor; en ninguna parte el estilo de esta pluma excelente se despliega con más audacia, vigor y fuego en las doctrinas y ejemplos morales, en las comparaciones, los retratos, las bellas imágenes....» (1). Y decir que tan hermoso trabajo permaneciese inédito hasta 1779! Esperamos que una buena traducción lo revele por fin a nuestro público.

El ilustre músico Francisco Salinas, amigo de Luis de León, citado como testigo en el curso del primer proceso, declaraba así: «He oído referir que el dicho maestro podía obtener una cátedra en concurso con

(1) Tesoro de prosadores españoles, p. 417.

cualquier competidor y ganar, pongo por caso, la de Sagrada Escritura» (1).

Fue por ésta, como lo hemos visto, por la que compitió de joven, sin éxito por el momento; pero al fin la obtuvo y la ocupó hasta su muerte; en ella estaba en su elemento más que en la escolástica pura. Durante su vida hizo imprimir los comentarios latinos sobre Abdías, sobre la epístola a los Gálatas, sobre el Apocalipsis, trabajo este último que nuestro Bossuet conocía (2). Estos libros suministraron a nuestros exégetas algunos puntos de vista curiosos y nuevos. Empero no es como sabio como Luis de León nos interesa.

Limitándonos aquí estrictamente a la formación literaria del ilustre monje, vamos a decir sólo una palabra acerca de su formación escolástica, que sobre él, como sobre nuestro Bossuet, ejerció tanto influjo. Se la reconoce hasta en sus versos, en los que saca magnífico partido de las ideas metafísicas. Las doctrinas de la Escuela forman, con los documentos de la fe cristiana, el fondo de su pensamiento (3); pero es él un genio demasiado personal y demasiado independiente para aceptar a ojo cerrado las primeras: ecléctico, toma su patrimonio donde lo halla (4).

* * *

Más aún que con los libros tuvo Fray Luis que tratar con los hombres de una época y un medio es-

(1) Blanco, p. 218.

(2) Ibid., p. 260.

(3) En el libro enmarañado e indigesto del Padre Gutiérrez: *Fray Luis de León y la Filosofía española del siglo XVI* se encontrarán todas las indicaciones necesarias acerca del pensamiento filosófico del ilustre profesor.

(4) Fue acusado por sus enemigos de ser un adversario de la Escolástica, de lo que tuvo que defenderse ante la Inquisición. (Cf. Gutiérrez, p. 415).

pecial, cuyo pensar y sentir hicieron presión sobre el sentir y pensar del primero. No tengo para qué detenerme en sus dificultades con la Inquisición, ni en sus controversias con otros monjes. Largas obras han sido escritas a este propósito en uno y en otro sentido. A ellas remito al lector. Trato solamente de explicar por su formación y su ambiente a un gran poeta.

De mil amores siguiera yo los pasos de su vida en Salamanca, desde 1452 en que llega a la ciudad universitaria joven estudiante de catorce años, hasta el mes de agosto de 1591 en que es sepultado en ella a los sesenta y cuatro de su edad. Durante este lapso raras veces abandona la metrópoli; la más larga ausencia fueron los cuatro años de su encarcelamiento. Ningún documento interesante ha sido publicado acerca de esta parte de su vida; hemos de contentarnos con rastrearla apenas en algunos avaros textos.

Mora en Salamanca en el convento que allí poseían los agustinos, del cual, destruido en 1627, no queda vestigio alguno. Aparte de sus honorarios como profesor de la Universidad, que variaban según las cátedras, disfrutaba de una renta anual de 12.000 maravedís que su hermano estaba obligado a remitirle para cumplir las últimas voluntades de su padre (1). Invertido este dinero en la compra de libros, hace de su biblioteca una de las mejor abastecidas en impresos y manuscritos de la ciudad universitaria. En atención a sus talentos, a su alta posición, a su salud tal vez y aun a sus rentas, hánle adjudicado los superiores una de las mejores celdas del monasterio, provista de una chimenea (2). Acompáñalo un criado especial, que durante el proceso era Domingo Rapón, de edad de

(1) Getino, p. 108.

(2) Getino por malquerencia la llama *una cocinilla*.

veintiocho años y que le ha servido diez (1). Aun parece haber tenido un hermano lego encargado de administrarle los bienes (2). En su mayoría los miembros de la orden a que pertenece ufánanse desde el tiempo de su fundador de amar las letras y de marcar el paso en la marcha progresiva de la Iglesia, por más que alguna vez se hayan desviado del camino recto, como el agustino de Wittemberg.

Más que en ninguna otra parte, los monjes del convento de Salamanca viven dedicados a las artes y a la erudición (3), apoyan a Luis de León en su lucha con Castro y comparten sus ideas sobre el texto de la Vulgata. Habitaron ese mismo convento escritores ilustres de la Orden, entre otros: Pedro Malón de Chaide, autor de la *Conversión de la Magdalena*, el polígrafo Juan Márquez y el crítico Diego González.

La principal preocupación de Luis de León en el claustro es la preparación de sus cursos de teología y de exégesis según el método escolástico; consagra a esto tanto más cuidado cuanto en aquella democracia de seis a siete mil estudiantes la elección y el ascenso de los profesores dependen de la votación de los alumnos. Podemos observarlo en su celda, entre libros y manuscritos, escribiendo las lecciones para sus oyentes que, en ciertas clases, pasaban de un millar. Igual que de las ideas, se cuida de la expresión. Su latín no es el de Santo Tomás o el de los primeros escolásticos, tan rayano en el latín vulgar y casi en romance; en él se siente la influencia de Cicerón y el esfuerzo por imitarle en elegancia y armonía, esfuerzo que da a sus escritos cierto tinte de remedo y artificio. El Renacimiento golpea a todas las puertas tras las cuales se

(1) Getino, p. 111.

(2) Ibid., p. 110.

(3) Vicente de la Fuente, *Biografía de León de Castro*.

desenvuelva algún pensamiento, inclusive la de los claustros; raros son los que no abren a la sirena. Menos que nadie, podía Fray Luis quedar sordo a su llamamiento: habla con libertad de los defectos de la Escuela; riñe, llegado el caso, con Aristóteles y exalta a Platón; empéñase en citar a los escritores de la antigüedad en el texto original y, a ejemplo de ellos, se esmera en la escogencia de las palabras y en el orden y armonía de las frases. El árido esqueleto de la teología y la filosofía tórnase bajo su mano en todo lo atractivo posible, adornado como aparece con los más bellos arreos literarios. En el proceso, los tradicionalistas y reaccionarios le acusan de «ser demasiado literato y gramático en la exposición de las Santas Escrituras» (1).

Un profesor que no se contentase con satisfacer a ciertos hombres retardatarios del escolasticismo y que anhelase salir avante, había de percatarse de que el espíritu del Renacimiento había penetrado en el ánimo de maestros y alumnos, quienes tenían a la mano imprentas y librerías y la biblioteca siempre abierta. En la Universidad había no menos de sesenta cátedras de titular pagado (2). La formación lingüística y literaria de los estudiantes estaba muy bien atendida; a pocas vueltas, todos habían leído y explicado a Cicerón, a Terencio, a Virgilio y a Horacio; a los más grandes se los obligaba en las clases de gramática a no hablar sino en latín. Un comité organizado por la Universidad estaba encargado de coronar las mejores comedias y tragedias hechas por los estudiantes (3).

(1) Getino, p. 427.

(2) Diez de derecho canónico, siete de teología, siete de medicina, once de lógica y de filosofía, una de astronomía, una de música, dos de hebreo y de caldeo, cuatro de griego y diez y siete de retórica y de gramática. (Cf. Blanco, p. 44-45).

(3) Getino, p. 52. Según algunos autores, Luis de León habría

Después de preparar y desempeñar sus cursos, de tomar brillante y ardiente parte en las disputas y en los exámenes, de cumplir sus obligaciones religiosas y de oír algunas confesiones (1), quedábanle a Fray Luis momentos de ocio, que empleaba en leer a los clásicos, de que su biblioteca estaba abundantemente dotada. Hemos visto cuáles se hizo llevar a la prisión. El comercio directo con los libros santos le llevó a desentenderse un poco de los primores paganos: *Job*, *el Cántico de los cánticos*, *los Salmos*, esos libros eternamente bellos en que el hombre expresa los secretos y las inquietudes de su espíritu, las ternuras y las angustias de su pecho, con tanta espontaneidad, tanta sencillez y tanto vigor, le hacen un tanto olvidar las artes y travesuras de Horacio y de Virgilio.

Estudiaba también las matemáticas, la música y aun la astrología (2); componía los discursos de ocasión de que le encargaban sus colegas en la Universidad, de que es ejemplo, la oración fúnebre del célebre dominico Domingo Soto (3). Traducía a Horacio y a Virgilio y escribía versos en que su alma combatida se daba treguas celebrando a sus amigos y protectores. Debió de ser uno de esos poetas a los cuales se recurría cuando había que festejar los acontecimientos de la vida del claustro o de la ciudad. Teniendo esto en cuenta, podría acaso llegarse a fijar una cronología

escrito una tragedia que fue coronada en Barcelona. No tenemos dato seguro sobre el particular. Y ahora para formarse idea de la seriedad de esos estudios remitimos el lector al Programa trazado a los maestros de clases mayores de la Universidad. Cfr. *Constitutiones*, tit. LXIII.

(1) Getino, p. 116.

(2) Al respecto véanse curiosos pormenores en Getino, p. 120 y siguientes.

(3) Getino, p. 46, Blanco, p. 63.

aproximada, al menos respecto de algunos de sus versos (1).

* * *

Pero sigamos a nuestro monje poeta afuera de su convento. Por las estrechas calles de Salamanca o en la Universidad se encuentra con profesores ilustres; departe gustoso con ellos o bien los mira desdeñosamente. Los unos son amigos, que mantienen los puntos de vista del copartícipe de sus querellas; son los otros enemigos, que él castiga con un desprecio silencioso o aun con sus cóleras. Cuéntanse entre los últimos: Héctor Pincio, monje jerónimo oriundo de Portugal, a quien impide obtener una cátedra de Sagrada Escritura porque ignora las lenguas antiguas (2); los dominicos Gallo, Bartolomé de Medina, Mancio, el afamado Báñez, todos ellos furibundos tomistas y adversarios de los hebraizantes y de los teólogos más modernos (3); pero sobre todo, el famoso León de Castro, profesor de latín, de griego y de retórica en la Universidad durante veinticinco años (1549-1574), Castro, el que de acuerdo con los dominicanos, le denunció a la Inquisición como irrespetuoso de las interpretaciones de los santos acerca de la Divina Escritura y como negador o detractor de la autoridad de la Vulgata.

Dejémosle pasar grave y altivo al lado de esos ultra-conservadores, ensañados en perderle; dejémosle allá en las salas de la Universidad disputando ásperamente con ellos por *bárbara* o *baralipton*. Contemplémosle más bien entre el corro de sus amigos, espíritus

(1) Puede verse la cronología que propone M. Coster, apoyándose en algunos datos históricos y en ciertas alusiones de las poesías mismas. Las hipótesis de Coster no carecen de verosimilitud. *Revue Hispanique*, N.º 109, ps. 210-234.

(2) Getino, p. 123.

(3) Blanco, p. 82.

generosos y abiertos, en la mayor parte gramáticos u hombres de letras, que comprenden la necesidad de abrir ventanas en la vieja y un poco sombría fortaleza de la escolástica. Estos reciben sus confidencias y le sostienen en sus luchas.

Hé aquí a don Pedro Portocarrero, gobernador de Galicia de 1571 a 1580 y dos veces rector (1) de la Universidad de Salamanca en 1556-1557 y en 1566-1567. Es durante este segundo rectorado cuando Fray Luis de León traba relaciones con él; Portocarrero por su parte le sostiene en todas sus dificultades, sin que su amistad se desmienta jamás. Nuestro monje de León le ha dedicado en frases llenas de afecto y de estimación algunas de sus mejores obras: *Los nombres de Cristo*, la explicación del profeta Abdías, el manuscrito de sus poesías y tres de sus odas. Cuando Portocarrero fue llamado a los Consejos del Rey, la Universidad sacó partido de esta amistad enviando a Fray Luis a Madrid a defender, con felicidad, algunos de sus privilegios disputados (2).

Otro de sus amigos es don Juan de Almeida, humanista y poeta distinguido, que es quien nos ha transmitido la anécdota relativa a la traducción de la oda *O navis*, como que fue uno de los competidores en traducirla.

Empero a donde con mayor gusto Fray Luis de León encamina sus pasos es a una casa habitada por

(1) El cargo de rector era anual, reservado alternativamente a un nativo de Castilla y a uno de León, que no fuese ni profesor, ni canónigo, ni religioso, ni vinculado a colegio alguno de Salamanca. Implicaba el derecho de recibir el juramento de todos los individuos del cuerpo universitario, de convocar la asamblea de profesores, de avisar la vacante de cátedras, etc.

(2) Acerca de Portocarrero véase el *Bulletin Hispanique*, 1901, p. 80. Fue obispo de muchas diócesis, señaladamente de Calahorra.

un ciego, el ilustre Salinas (1). Profesor de música en la Universidad desde 1566, sucedió Salinas a Juan de Oviedo, maestro de capilla del duque de Alba, de la familia de Portocarrero (2). Compuso en 1577 un libro importante sobre la *Música*, en que sigue ciertas teorías de Aristóteles (3). Pongamos el oído a los coloquios de los dos grandes artistas: Salinas completa los conocimientos musicales que Fray Luis ha adquirido entre su familia y en el monasterio; en cambio el monje le franquea los tesoros de teología, de poesía, de humanidades de que está llena su mente, y por remate de larga y animada conversación, Salinas empuña el arco y con maestría suma ejecuta uno de aquellos trozos que arrebatan el alma del religioso. No me cabe duda, fue después de uno de esos raptos cuando nuestro poeta compuso la oda famosa que bien podría titularse: *Extasis musical*.

Otra oda no menos famosa, *Noche serena*, la dedicó a Diego Oloarte, de quien tenemos muy pocos datos. Sábese solamente que era diez años menor que Fray Luis y que fue arcediano de Ledesma. Es permitido suponer que el poeta tradujo en sus versos las emociones de estas dos almas de artistas al contemplar de consuno una noche estrellada.

Felipe Ruiz, Juan de Grial y Cherinto, a quienes están dirigidas algunas odas, casi no han dejado huella en la historia y, sin su vinculación a Fray Luis, su nombre no se hubiera preservado del olvido.

Entre los personajes que debió frecuentar y que aparecen mezclados a su vida, hay que mencionar al

(1) Getino, p. 121.

(2) El duque de Alba actual se apellida don Jacobo Stuart Fitz Jamo Falco Portocarrero.

(3) Cf. Gutiérrez, p. 430.



doctor Benito Arias Montano (1527-1595), al maestro Gaspar de Grajal, muerto en 1575, y al maestro Martínez Cantalapiedra, los tres, humanistas cristianos, abiertos a las nuevas corrientes.

Arias Montano dirigió la poliglota de Amberes, que fue terminada, no se explica cómo, en cuatro años. Escribió sabios comentarios sobre la Biblia, conquistó renombre de poeta y fue coronado en Alcalá, donde se hallaba en 1561. Luis de León no debió desperdiciar ninguna ocasión de verle, pues coincidían en ideas sobre la Biblia y la Vulgata (1). Platicarían igualmente sobre arte y poesía.

Con Arias Montano toca un problema interesante, de que ya he hecho alusión. En la carta dedicatoria de sus obras poéticas a Portocarrero, Luis de León se expresa así: «Nunca hice caso de esto que compuse, ni gasté en ello más tiempo del que tomaba para olvidarme de otros trabajos, ni puse en ello más estudio del que merecía lo que nacía para nunca salir a luz, de lo cual ello mismo, y las faltas que en ello hay, dan suficiente testimonio. Pero como suele acontecer a algunos mozos que, maltratados de los padres o ayos, se meten frailes, así estas mis mocedades, teniéndose como desechadas de mí, se pusieron, según parece en religión, y tomaron nombre y hábito muy más honrado del que ellas merecían y han andado debajo de él muchos días en los ojos y en las manos de muchas gentes, haciendo agravio a una persona religiosa y bien conocida de Vuesamerced, a quien se allegaron, con la cual yo en los años pasados tuve estrecha amistad, y no la nombro aquí por no agraviarla. Mas la ocasión

(1) A instancias de Zúñiga, Fray Luis, de viaje para Granada en 1562 o 63, denunció a Montano ante la Inquisición por un libro que éste le había dado prestado. Montano ignoró el hecho, y las buenas relaciones entre los dos no se turbaron.

de este error Vuesamerced lo sabe y, porque es para pocos y decirlo aquí sería comunicarla con muchos, no la digo. Basta saber que la persona que he dicho, por condescender con mi gusto, que era vivir desconocido, disimuló hasta que, fatigado ya con otras cosas que la malicia y envidia de algunos hombres pusieron a sus cuestras, de las cuales Dios le descargó, como se ha parecido, trató conmigo que, si no me era pesado, le librase yo también de esta carga» (1).

De extrema importancia son estas líneas para elucidar ciertas oscuridades relativas a la vida y a la obra literaria de Fray Luis de León. De aquí resulta claro que Fray Luis dió manuscritos sus versos y no se declaró públicamente autor de ellos sino porque aquel que hasta entonces se había prestado a servirles de padre putativo había acabado por fatigarse de desempeñar ese papel.

¿Quién era este padre putativo? Hemos dicho antes que Arias Montano (2), el cual gozaba de reputación de letrado y poeta y a quien hemos visto coronado en Alcalá. Luis de León nos habla de él como de una persona religiosa bin conocida de Portocarrero y a la cual él mismo estaba ligado con estrecha amistad, persona que estaba «fatigada ya con otras cosas que la malicia y envidia de algunos hombres pusieron a sus cuestras.» ¿No hay aquí una alusión a los ataques de que fue blanco Arias Montano de parte de León de Castro que en Madrid y en Roma (1574) lo denunció como judaizante también en lo que atañe a la Biblia poliglota? Fue menester la intervención personal de Felipe II para librarle de sus enemigos (3).

(1) Biblioteca de autores españoles, t. XXXVII, p. 1.

(2) Es la opinión del Padre Blanco y de Guardia. Cf. Blanco, p. 74.

(3) Blanco. p. 75.

Pero, ¿cuáles son esas «cargas,» esas acusaciones de que Montano quiere verse desembarazado pidiendo a Fray Luis declare la paterhidad de sus versos? Son sin duda algunas de las cargas que Luis de León temía. Leamos con atención esas líneas. Defiéndose en primer lugar de haber hecho versos, ocupación que era tenida por ligereza, particularmente en un fraile (1). Para justificarse, alega que son obras de su *mocedad*,—que Dios no ha desdeñado hacer uso de versos en las Santas Escrituras,—que no los había confesado porque no quería ponerse por tema de la envidia y de la maledicencia, finalmente que los versos jamás le hicieron descuidar el trabajo de su profesión. Mas ¿no habría de por medio otras «cargas»? ¿No habría asidero para conjeturar que ciertas poesías habían escandalizado y que el prohijarlas era lo que principalmente «hacía agravio» a la personalidad de Arias Montano? ¿No es con la mira de ponerse a cubierto de juicios errados a este respecto por lo que Luis de León recalca que son obras casi de la niñez, que se aplicó a ellas más por inclinación de su estrella que por juicio o voluntad y que esas obras habían nacido para nunca salir a luz? Y, con el tono del que se desenreda de un asunto molesto, agrega: «Si el reconocer mis obras y el publicarme por ellas fuera poner la vida en condición, en un ruego y demanda tan justa lo hiciera; y no aventurando en ello cosa que importe más que es vencer un gusto mío particular (el de vivir encubierto), si lo rehusara no me tuviera por hombre.»

(1) «Casi ninguno de nuestros poetas tomó en el siglo XVI la poesía sino como un medio de distracción y esparcimiento. Compusieron todos, como Fray Luis, sus obras en los años de su mocedad. «Nota a la *Vida y juicio crítico del Maestro Fray Luis de León* de Mayans, pag. XI.

Es de extrañar que a sus enemigos, tan acusiosos en acechar sus menores debilidades, no les hubiese venido jamás a las mientes durante el proceso el tildarle el giro demasiado sensual de dos o tres de sus poesías. Esto solo ¿no probaría que ellos las ignoraban por correr bajo otro nombre y que Fray Luis al hacer la colección declarando su paternidad no la hizo imprimir sino hacia el fin de su vida, cuando la edad y la reputación de talento y de virtud lo colocaban al abrigo de los contrarios vientos? (1)

El maestro Gaspar de Grajal, otro hebraizante notable, se contaba entre aquellos cuyo trato era muy caro a Fray Luis de León. Acusado de negar que el dogma de la vida eterna estuviese expresado en el Antiguo Testamento, se decretó aprisionarlo en la Inquisición el 1.º de mayo de 1572. Pocos días después, otro profesor de Salamanca, amigo también de Fray Luis aunque menos íntimo que Grajal, Martín Martínez Cantalapiedra, apellidado a causa de su profunda erudición *Martín el hebreo*, corrió la misma suerte. Ya puede imaginarse la pena que experimentaría con esto el religioso agustino, que siempre los había defendido. Sus enemigos, Castro ante todos, sacaron partido de estas amistades para derribarle: el 27 de mayo del mismo año iba Fray Luis a reunirse en la prisión con Martín y

(1) Cuando escribí estas líneas aún no había leído la ingeniosa hipótesis de M. Coster a propósito de la dedicatoria a Portocarrero. Sostiene que Luis de León habría tenido la intención de publicar sus poesías bajo el seudónimo de *Luis el mayor* y que «la persona religiosa» de que habla en su carta dedicatoria no sería otra que él mismo. Despliega Coster brillante ingenio en defender una hipótesis que al principio me hizo vacilar; pero reflexionando luego sobre las razones en que la apoya, no las he hallado suficientemente poderosas para dar por resuelto el problema. No me es posible entrar a discutirlo aquí, dejo esta tarea a los eruditos de profesión.

con Grajal. Los que se empeñaban en perderle, sobre todo le reprocharon sus relaciones con el último. No las negó, al contrario, escuchemos su noble declaración:

«Es verdad que el maestro Grajal ha sido y es mi amigo. Nació nuestra amistad el día mismo en que, siendo ambos opositores a la cátedra de la Biblia, ganó él el concurso. Luégo, sin que yo lo supiera, intervino en mi favor en los otros concursos en que hube de tomar parte, y lo hizo con tanto celo y con tales extremos en su amable proceder que, cuando tuve conocimiento de ello, me creí obligado a estrechar relaciones con él. Estas relaciones me pusieron de manifiesto a uno de los hombres de corazón más sano, más puro y más recto que yo he conocido. Así nuestra amistad fue siempre, no la de dos hombres de estudio que hablan de sus trabajos y se los comunican, sino la de dos seres que se alentaban mutuamente a ser hombres de bien. Penetrados de idénticas disposiciones, nos amábamos grandemente» (1). Estas palabras honran tanto a Luis de León como a su amigo. Grajal, alma delicada y tierna, no pudo soportar su pena y sus tristezas: murió en la prisión en agosto de 1575. Martínez permaneció en ella hasta 1577. ¿Se permitía que los tres amigos se avistaran para consolarse....? No sabría yo afirmarlo ni negarlo.

* * *

Reconocido inocente, Luis de León deja los calabozos de la Inquisición, un año antes que Martínez. Después de una prueba tan cruel, debió retraerse más aún al sagrado de sus libros y de su propia alma y buscar más que nunca su contentamiento en la contemplación de la naturaleza, de que había estado privado durante cuatro años.

(1) Blanco, p. 76-77.

Poseía su convento una quinta llamada «La Flecha», a donde los religiosos solían ir a descansar. Estaba situada a seis kilómetros de la ciudad en las verdecidas riberas del Tormes.

Contemplad a esos tres religiosos que caminan paso a paso por la vía que transitan los raros y pesados carruajes que van de Salamanca a Madrid.... Llegan a su casa de campo. En medio de ellos reconoceréis a nuestro Fray Luis, la cabeza inclinada, la figura algún tanto severa; bajo el capuchón blanquea un poco su corona monacal. Este día quiere llamarse Marcelo. Sus jóvenes compañeros, dos entusiastas discípulos, le escuchan con un sentimiento, mezcla de admiración, respeto y ternura. Es «el padre» que los otros religiosos envían a los agustinos! El mismo nos dirá por qué visita hoy «la Flecha» y nos va también a pintar con mano de artista aquel campestre rincón en donde su alma inquieta y combatida va a buscar un poco de reposo y de solaz.

«Era por el mes de junio, a las vueltas de la fiesta de San Juan, al tiempo que en Salamanca comienzan a cesar los estudios, cuando Marcelo, el uno de los que digo (que así le quiero llamar con nombre fingido, por ciertos respetos que tengo, y lo mismo haré a los demás), después de una carrera tan larga como es la de un año en la vida que allí se vive, se retiró, como a puerto sabroso, a la soledad de una granja que, como vuestra merced sabe, tiene mi monasterio en la ribera de Tormes; y fuéronse con él, por hacerle compañía y por el mismo respeto, los otros dos. Adonde habiendo estado algunos días, aconteció que una mañana, que era la del día dedicado al apóstol San Pedro, después de haber dado al culto divino lo que se le debía, todos tres juntos se salieron de la casa a la huerta que se hace delante de ella.

Es la huerta grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden; mas eso mismo hacía deleite en la vista y, sobre todo, la hora y la sazón. Pues entrados en ella, primero, y por un espacio pequeño, se anduvieron paseando y gozando del frescor, y después se sentaron juntos a la sombra de unas parras y junto a la corriente de una pequeña fuente, en ciertos asientos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa a las espaldas, y entraba en la huerta por aquella parte y, corriendo y entrozando, parecía reirse. Tenían también delante de los ojos y cerca de ellos una alta y hermosa alameda. Y más adelante, y no muy lejos, se veía el río Tormes, que aun en aquel tiempo, hinchando bien sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega. El día era sosegado y purísimo y la hora muy fresca. Así que, asentándose y callando por un pequeño tiempo, después de sentados, Sabino (que así me place llamar al que de los tres era el más mozo), mirando hacia Marcelo y sonriéndose, comenzó a decir así:

—Algunos hay a quienes la vista del campo los enmudece, y debe ser condición de espíritus de entendimiento profundo; mas yo, como los pájaros, en viendo lo verde, deseo o cantar o hablar.

—Bien entiendo [por qué lo decís, respondió al punto Marcelo, y no es alteza de entendimiento, como dais a entender por lisonjearme o por consolarme, sino cualidad de edad y humores diferentes, que nos predominan y se despiertan con esta vista, en vos de sangre y en mí de melancolía» (1).

Hé aquí toda una confesión: las flores, los cantos de las aves, el murmurar de una fuente, despiertan en su alma lacerada de artista la melancolía. Cansado de

(1) *Nombres de Cristo*, lib. I, § 1.

las luchas mezquinas de la Escuela, cansado de la envidia, de las pequeñeces, de la hipocresía, de las tempestades levantadas por la pasión, busca la soledad y la quietud de los campos, y no bien las ha encontrado, cuando se revuelven en él los tétricos humores y de nuevo le conturban!

Los imperecederos clásicos de Atenas y Roma, los sublimes y divinos bardos de Judea, la ola potente del Renacimiento que, rompiéndose sobre Europa, golpea blandamente en España, los amigos del claustro y de la Universidad, más o menos sacudidos por aquel movimiento, el contacto directo con la hermosura de los cielos y los campos fueron como otros tantos excitantes y despertadores que a la Providencia plugo colocar en torno de esta grande alma; pero por muchos y preciosos que fuesen, nunca nos hubieran dado a gustar la divina música del artista, si no hubiesen tocado en una lira portentosa, pues «Salamanca no da lo que rehusó naturaleza.» Lo propicio de las circunstancias, los maestros y las reglas, la belleza de montes y cielos y corazones no brotarán jamás un artista o un hombre de genio allí donde falten las insustituibles facultades creadoras.

Tiempo es de estudiar esta lira, quiero decir esta alma en sus poesías originales; a mi entender, éstas nos la presentan en toda su sinceridad, en toda su grandeza, en toda su profundidad.

Abate A. LUGAN

